

VII CERTAMEN

LITERARIO INTERCENTROS DE
EDUCACIÓN DE PERSONAS ADULTAS

CEPA

CIUDAD LINEAL

COLMENAR VIEJO

DISTRITO CENTRO

HORTALEZA

SAN SEBASTIÁN DE LOS REYES

TETUÁN

VILLVERDE

VISTA ALEGRE



VIII CERTAMEN

LITERARIO INTERCENTROS DE EDUCACIÓN DE
PERSONAS ADULTAS ORGANIZADO POR LOS
CENTROS:

CEPA CIUDAD LINEAL

CEPA COLMENAR VIEJO

CEPA DISTRITO CENTRO

CEPA HORTALEZA

CEPA SAN SEBASTIÁN DE LOS REYES

CEPA TETUÁN

CEPA VILLAVERDE

CEPA VISTA ALEGRE

Fotógrafos:

Federico Ponte Chamorro

Abel Monfort de Bedoya

<http://certamenliterariocepa.blogspot.com.es>

ÍNDICE

4 CRÓNICA

6 PRESENTACIÓN

8 FERNANDO GAONA

12 RELATOS PREMIADOS

14 PRIMER PREMIO

16 SEGUNDO PREMIO

18 TERCEROS PREMIOS

34 CIERRE DEL ACTO

CRÓNICA

por Arturo Santos Cordero

Catedrático de Lengua Castellana y Literatura IES Marqués de Suanzes

DÍA DEL LIBRO,
dos mil catorce,
centros de adultos:
CIUDAD LINEAL,
DISTRITO CENTRO,
CEPA HORTALEZA,
COLMENAR VIEJO,
y TETUÁN.
Y VISTA ALEGRE,
y VILLAVERDE
y DE LOS REYES
SAN SEBASTIÁN.
Son ocho CEPAs
que bien celebran
DÍA DEL LIBRO:
creatividad.

Da comienzo a sesión
a la hora prefijada
pues ya las autoridades¹
en la mesa están sentadas.
La bella presentadora²
claramente nos desgrana
literarias efemérides:
Julio Cortázar, “la Maga ”..
Centenario de la R.A.E.
Y autores que ya nos faltan
García Márquez, Sampedro...
¡qué pérdidas literarias...!

Con voz queda un editor³
nos relata su viaje,
un viaje interior,
su esmero por el lenguaje,
y por la edición, su amor.

Se entregan después los premios
del Certamen Literario.
Ocho terceros premios
van subiendo al escenario
y reciben sus diplomas
entre cálidos aplausos.



¹ D. José M^a Rodríguez Jiménez: Subdirector General de Centros de Educación Secundaria y Enseñanzas de Régimen Especial; Dña. Begoña Bernabé Santiuste: Jefa del Servicio de Educación de Personas Adultas y Atención a la Diversidad; Dña. Rosa Figuerola Cruz: Jefa del Servicio de la Unidad de Programas Educativos DAT Madrid Norte; a la izquierda, Dña. Regina Bedoya Piquer: exdirectora del CEPA Ciudad Lineal.

² María Méndez Pérez

³ D. Fernando Gaona Peláez

⁴ Quinteto de viento CAECILIA del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid

CRÓNICA

por Arturo Santos Cordero



El segundo galardón
recibe Raquel Guijarro.
Don Roberto Barraón
resulta el primer premiado.
Todos bien han respondido
al enigma del “¿Por Qué?”
- Botella, lluvia, salón,
sangre, vodka, ya ¿por qué?,
llaves, suicidio, suelo...
un trágico suceder...
- El primer relato cuenta
la historia de un don ¿Por qué?,
sus cómicas aventuras
en colegios y cafés...
bello romance con Cuando
¿hijos?: Cómo, Dónde y Quién...

Hecha que fue la foto
Subdirector General
felicit a los premiados
y decide allí negar
las ideas de Platón:
no valora el imitar
y niega la inspiración.
Mas mostrar la realidad
exige ardua labor,
y el hecho de relatar
necesita creación.

Muy buen ambiente:
Día del libro.
Cálido cierre
muy musical:
bello quinteto⁴
bien ameniza
Fiesta del libro
Ciudad Lineal.

PRESENTACIÓN

por **María Méndez Pérez**

Profesora del Ámbito Científico-Tecnológico en el CEPA Hortaleza



“Dejábamos las bicicletas en la calle y nos internábamos de a poco, parándonos a mirar el cielo porque esa es una de las pocas zonas de París donde el cielo vale más que la tierra. Sentados en un montón de basuras fumábamos un rato, y la Maga me acariciaba el pelo o canturreaba melodías ni siquiera inventadas, melopeyas absurdas cortadas por suspiros o recuerdos. Yo aprovechaba para pensar en cosas inútiles, método que había empezado a practicar años atrás en un hospital y que cada vez me parecía más fecundo y necesario.”

Julio Cortázar tenía casi 50 años cuando se publicó *Rayuela*, y han pasado 50 años

desde entonces. Este 2014 habría cumplido un siglo el autor argentino, que ya entrando en la última parte de su vida escribió una novela que se convirtió en el lugar en el que toda la muchachada, los adolescentes, los universitarios, querían vivir. Dicen que Cortázar a veces se extrañaba de esa pasión de la chavalada, gente mucho más joven que él, por las aventuras de esos dos amantes por París. Pero los que hemos leído *Rayuela* con menos de 30, y de 25, sabemos que en el fondo hemos querido ser, al menos por un momento, o bien Horacio o bien La Maga. “¿Encontraría a la Maga?” decía la primera frase del capítulo uno, que no del primer capítulo, y sólo con volver a leerla se nos pone la piel de gallina.

Juan Carlos Onetti, el gran novelista uruguayo, decía que *Rayuela* escandalizaba a las momias críticas, y luego le dijo directamente por carta a Cortázar: “Claro, Julio, que las momias lo siguen siendo – aunque a veces se desembaracen de algunas escasas vendas—y la literatura nuestra necesita muchas e imprevisibles *Rayuelas*”. Precisamente se cumplen 20 años de la muerte de Onetti, y 50 de la de Felisberto Hernández, también uruguayo,

PRESENTACIÓN

por **María Méndez Pérez**

llamado maestro por el propio Cortázar, por García Márquez y por muchos más. Es un año para volver a leerlos a todos ellos.

También este año se cumplen 300 desde que el Marqués de Villena fundó la Real Academia Española, la RAE, que lleva desde entonces limpiando, fijando y dando esplendor a la lengua española. O al menos, lo intenta.

Un año desde el 23 de abril de 2013, doce meses que dan para muchísimas efemérides. Le concedieron el Premio Cervantes a la mexicana Elena Poniatowska, y el Príncipe de Asturias de las Letras a Antonio Muñoz Molina (y el Nobel a la gran Alice Munro, que por ahí fuera también escriben). Se nos fueron genios de

las letras como Juan Gelman, como Álvaro Mutis, como Javier Tomeo o como José Luis Sampedro, más los muchos y muchas que me estoy olvidando, por no hablar de los autores en otras lenguas (desde Doris Lessing hasta Lou Reed).

Uno de los que se fueron, el escritor mexicano José Emilio Pacheco, se preguntaba en un poema: “¿Qué va a quedar de mí cuando me muera...?” Quedarán sus poemas, quedarán los personajes, las novelas, los ensayos, las letras. Y quedaremos nosotros, los lectores, y los lectores que vengan después de nosotros. Así que leed, leed, malditos. Y contadlo a los demás.



FERNANDO GAONA

El niño que circula por su calzada

Madrid, abril de 2014



A todos los que asistís a esta celebración de la literatura, buenas tardes.

Quiero felicitar primeramente a quienes ganaron. Pero deseo además felicitar a todas aquellas personas que participaron en este certamen pero que no han obtenido ninguna mención en los premios. Digo y hago esto porque, para mí, la celebración real es el hecho de que el ser humano sienta el gusto por escribir, por crear, por expresarse, por sacar a la luz esos mundos y emociones que nos atormentan, o que se nos manifiestan o que nos hacen ver, viajar o aprender siempre desde dentro de

nosotros mismos. No olvidemos que la literatura no es un misterio. Nosotros, sí.

Empecé a escribir siendo todavía un niño para representar con mis hermanos menores y los vecinos amigos unas breves obritas de teatro que contenían siempre un pequeño drama de la existencia humana. La adolescencia, junto con las lecturas que yo hacía por mi cuenta y el cine de autor que veía en los colegios mayores a mediados de los años 1970, cambiaron el rumbo de mi escritura y comencé a escribir ya sobre los dramas existenciales que mi mente me presentaba. Escribía para expresarme y poder entender lo que aún no comprendía con mi inteligencia en edad joven. Me faltaba todavía algo fundamental: la experiencia. Pero en 1979 inicié mis estudios de Filología y me especialicé en Literatura hispánica. Durante los cinco años de universidad, leí, viví, aprendí, amé, me golpearon el corazón, lo fui solucionando. Me estaba iniciando en la vida. Al mismo tiempo, escribía.

Después de terminar mis estudios y de vivir en el extranjero durante un año, decidí

FERNANDO GAONA

El niño que circula por su calzada

trabajar, a mi regreso en 1988, en el sector editorial. Y en sólo un mes encontré trabajo como corrector ortográfico y de estilo en una prestigiosa editorial de Madrid. Mi esfuerzo por cuidar al máximo de lo que los autores o los traductores nos enviaban a la editorial hizo que en poco tiempo iniciase mi trabajo en esta editorial ya como editor de mesa, y con contrato. A ese hombre joven que se iniciaba en su nueva profesión pensando siempre en el futuro lector cuidando del lenguaje para que la belleza de las palabras y sus significados fuesen siempre los idóneos transmitiendo lo más acertadamente la creación de los autores o de los traductores, un día, con sólo tres años de escolarización, se le hizo un examen, no recuerdo si de urbanidad o de vocabulario. En ese examen se me preguntaba por escrito por dónde circulan los peatones. La palabra «acera» me parecía demasiado común, yo quería responder con una palabra sinónima, con una palabra que significase lo mismo pero que sonase menos común, más bella, más elegante. Y ese pequeño de apenas 9 años, en la hoja de su examen de primaria,

escribió satisfecho y feliz: «Por la calzada». Ésa era la palabra que quería escribir y la escribí, orgulloso de conocerla. En la calificación final se le bajó un punto. El profesor, atónito, pues me conocía y sabía de mis buenas notas, no entendía cómo había cometido ese tonto error: las personas no circulan por la carretera. Yo seguía sin entender qué pasaba. Sentí que nadie valoraba mi amor buscando la belleza de un significado, de una palabra. Hacer eso sacrificó mi matrícula de honor en este examen de urbanidad vocabularia. Ya da igual, es evidente, pero he sabido, por los diccionarios, que en mi respuesta no me confundí tanto como parece a primera vista. Mi amor por las palabras era verdadero, y parece ser que mi conocimiento inconsciente del lenguaje, también. Ésta que os voy a relatar a continuación es la prueba que dirijo cuarenta y cuatro años después hacia mi antiguo profesor. ¿Será quizá que mi alma era algo más «antigua» que la de él usando vocabulario? ¿O será que la conexión que se tiene en la infancia con la inspiración y los cielos quizá yo aún no la había perdido? Pues bien, la palabra

FERNANDO GAONA

El niño que circula por su calzada

«calzada» proviene del latín calciata (vía), que a su vez procede de calx, calcis (piedra para hacer cal). Ya se usaba en el siglo XII, y un siglo después en el Poema de Mío Cid aparece usada con el significado de «camino empedrado y cómodo por su anchura». Curiosamente, en Soria, la calzada es –según el magnífico diccionario en tres tomos Enciclopedia del idioma, del erudito Martín Alonso– «trozo de suelo empedrado delante de la puerta de casa» y, en Santo Domingo, es sinónimo de «acera». No olvidemos las calzadas romanas, compartidas por humanos y caballos, por bueyes y perros, por ocas y gatos. La palabra «acera», utilizada con el significado que esperaba mi profesor como respuesta, es más moderna, del siglo XVII (no del siglo XII, como la mía): «parte lateral u orilla de la calle, generalmente enlosada o pavimentada, que se destina a los peatones». Perfecta, también. ¿Y qué pasa con la tercera palabra: «carretera»? Viene de carreta, surge en el siglo XVIII con el significado de «camino público ancho y espacioso para carros y coches». Como

esto último lo sabía, fue la primera que descarté en mi examen.

Continúo. Mi experiencia como editor me ha dado muchas otras satisfacciones. La principal, conocer y tratar con las personas, la gran mayoría de una enorme sensibilidad, que participan en la creación y en el proceso del libro. Me refiero a los correctores, a los traductores, ilustradores, diseñadores gráficos, escritores y resto de compañeros. Curiosamente, la experiencia de vida que tanto he cuidado a lo largo de mis años me fue alejando de la literatura. Mi vida y mis experiencias me satisfacían plenamente. Los mundos creados por otros prefería encontrármelos reales en las calles o en los países. La misma preferencia tenía con el tiempo compartido en nuestras casas, en restaurantes o viajando con estos creadores amigos. Siempre vivos y componiendo (sin decidirlo) nuestro libro compartido de la vida. Con esto no estoy infravalorando mi amor y respeto por los libros o por quienes los crean. Todo lo contrario. Creo que he llegado al manantial donde se nutren los artistas. Los libros me

FERNANDO GAONA

El niño que circula por su calzada

han enseñado el camino. El cine, también. Aunque quizá sea el amor el que mejor me lo ha mostrado. La pasión que descubro al leer, la concentración que siento, la ausencia de mí mismo facilitada por la lectura, la emoción y el aprendizaje jamás serían mis enemigos. Pero esta forma que tengo de participar en el mundo de la creación, del arte, de la literatura, me llevó también a otro lado.

Este verano de 2014 va a hacer dos que lo hice: destruí todos mis escritos de juventud, fotografié la enorme bolsa de basura que los contenía hechos tiras y los puse en un contenedor. Mi literatura de joven no era buena, no me aportaba nada ya. Me fue útil mientras la escribía, mientras la desarrollaba, mientras me mostraba como un espejo mis autoengaños, mi ingenuidad, mis ideas, mi confusión, mis dudas, mis emociones aún sin pulir y sin purificar. Mis escritos de juventud no los publicó nunca ninguna editorial. Mis escritos de juventud los he publicado en mi piel. Soy yo quien ha escrito su vida en quien hoy soy, el mismo que esta tarde aquí, libre y sin mentiros, os

la ha mostrado. Soy el ser que un día decidió escribir todo cuanto sentía y que asumió con entereza las experiencias de su propia vida. Soy quien acabó destruyendo la cáscara, el papel, donde estaba escrito eso que creyó que era su literatura. Finalmente, soy yo la editorial de ese niño que escribía obras de teatro que contenían siempre un pequeño drama de la existencia humana. Soy yo su editor. Quiero cuidar a este niño para que, descalzo o no y hasta el día en que desaparezca, siga andando por su calzada.

¿Qué me queda más? Desde luego, la satisfacción de saber que, como muchos otros, también escribí.

Muchas gracias por vuestra atención. Y mucha suerte en todo.

“Fernando Gaona es filólogo y editor. Durante 23 años ha sido editor en Ediciones Siruela y ha estado al cuidado de todos los libros escritos por Joestein Gaarder (el autor de El mundo de Sofía), Cornelia Funke, Tove Jansson (autora de la serie Los Mumin) o Alejandro Jodorovsky, así como de libros de otros autores como Italo Calvino, la premio Nobel Herta Müller, Carmen Martín Gaité o del libro Tao te king. Actualmente es un editor independiente y aprende a hacer y a editar libros en formato digital.”

RELATOS PREMIADOS

Primer premio

¿Por qué?

de Roberto

Barrajón Gómez,

estudiante de Nivel II
de Secundaria del

CEPA Colmenar

Viejo



Segundo premio

Ricino

de Raquel

Guijarro Cattoni,

estudiante de Nivel II
de Secundaria del

CEPA Tetuán



RELATOS PREMIADOS

Terceros premios

CEPA Ciudad Lineal: **¿Por qué a mi unidad?** de Miguel Ángel Pérez Redondo, estudiante de Nivel II de Secundaria

CEPA Colmenar Viejo: **¿Por qué no te tuve?** de Manuel Nieto Cabrera, estudiante de Nivel II de Secundaria

CEPA Distrito Centro: **Carta al Por qué** de Wilson Navarrete Flor, estudiante de Nivel II de Secundaria

CEPA Hortaleza: **Lágrimas de Arena** de Sergio Guerrero Barrientos, estudiante de Nivel II de Secundaria

CEPA San Sebastián de los Reyes: **¿Por qué?** de Concepción Murcia Ríos, estudiante de Nivel II de Secundaria

CEPA Tetuán: **Inocente** de Amanda I. Fernández Pérez, estudiante de Nivel I de Secundaria

CEPA Villaverde: **Acuérdate de Respirar** de Emilio Hernández Jiménez, estudiante de Nivel II de Secundaria

CEPA Vista Alegre: **Sin título** de Mauricio Led Muíño Pujadas, estudiante de Nivel II de Secundaria



CEPA COLMENAR VIEJO

Primer premio

¿Por qué? de Roberto Barraión Gómez

Todo comenzó el día que nací. Mi madre se tumbó en la camilla y preguntó:

- ¿Por qué está tan fría? ¿No la podéis calentar?

A lo que el médico, con bisturí en mano, respondió:

- ¿Por qué no ha venido usted antes? Al niño se le ve la coronilla. Supongo que habrán elegido ya nombre porque en cinco minutos estará tomando el pecho. Mi madre miró a mi padre y este, notando la mirada inquisidora en su ser, agachó las orejas y se fue camino del Registro pensando en que me arruinaría la vida desde el primer momento de nacer...

- Buenos días,

- Buenos días, ¿qué desea usted?

- Venía a registrar el nombre de mi hijo, contestó mi padre.

- Muy bien, respondió el hombre del registro, pues dígame.

-¿Por Qué?

-¿Cómo que por qué?, respondió el hombre, pues porque necesita un nombre, menuda pregunta más tonta.

- ¿Por Qué? es el nombre de mi hijo. Y miró al suelo como si se le hubiera perdido algo.

Mi primer día de clase me preguntaron mi nombre, dije ¿Por Qué? y me mandaron a ver al director. Cuando estaba en su despacho dije ¿Por Qué? y llamó a mis padres... ellos respondieron ¿Por Qué? y fui expulsado.

En mi segundo colegio mis padres se ocuparon de que todo quedara claro con los profesores desde el principio, pero no ocurrió lo mismo con mis compañeros.

Como cualquier niño del colegio, los moteos eran el pan de cada día. A mí me llamaron *Porquerizas*, *Porquekom*, *Porkis* o *Porquenotecallas*, entre los más ingeniosos. Cuando jugaba al fútbol con mis compañeros siempre me decían *¿por qué no la pasas?* antes de reírse, y no podía hablar con ninguna chica sin que me dijeran *¿por qué no la besas?*

No besé a ninguna chica hasta los 34 años. A estas alturas de la historia os podéis imaginar por qué... Una vez en una

CEPA COLMENAR VIEJO

Primer premio

discoteca una chica se me acercó y me preguntó mi nombre; después me miró mal y se fue a cuchichear con sus amigas mientras me miraban de reojo con caras largas.

Así que, después de pensarlo mucho y al ver que nada bueno me podía esperar con este nombre, decidí cambiármelo. Era viernes y sentía que sería el primero de muchos días maravillosos, por lo que con muy buen humor me encaminé al Registro, entré, me senté y esperé feliz mi momento tan deseado. De repente me di cuenta de que la chica de la ventanilla me estaba mirando, era impresionante, como un Ángel que había bajado a trabajar en un Registro. Inmediatamente pensé que tendría el nombre más maravilloso del mundo.

Cuando me tocó y me acerqué me temblaban las piernas y temía el momento en que me preguntara mi nombre. Pero cuando llegó el momento y le dije mi desdicha, ella abrió los ojos verdes que tenía como si le pareciera el nombre más

bonito del mundo, y salieron de su boca unas palabras que recordaré toda la vida.

- Me llamo *Cuándo*.

Hoy tengo el mismo nombre, mi mujer se llama *Cuándo* y tengo tres maravillosos niños. *Quién, Cómo y Dónde*.



Alma Luque, compañera de clase de Alberto Barrajón, recibió el premio y leyó el relato en su nombre.

CEPA TETUÁN

Segundo premio

Ricino de Raquel Guijarro Cattoni

Vuelve a ser una de esas noches en las que, absolutamente todo, se desmorona. Ya no queda Vodka en la botella que, inútilmente, guarda esperanzas de no acabar hecha pedazos contra la pared. Demasiados pensamientos suicidas nublan por completo los fragmentos de lógica que luchan por sobrevivir en mi mente. Ahí fuera llueve, como de costumbre. Gotas que, una a una, son una cuenta atrás hacia mi destino. Sé que no pasará de esta noche. Debe ser hoy.

Sin pensarlo dos veces me dirijo hacia la cocina. Miro a un lado y a otro, arriba y abajo y, sin quererlo, me doy cuenta de que el pasillo es mucho más estrecho de lo que recordaba. No le doy importancia. Sigo adelante. Llego al salón. Todo me resulta extraño. -¿Desde hace cuánto está ahí esa alfombra con detalles dorados?-. En realidad me da igual. Prosigo. Al fin llego a la cocina, la luz no funciona, -muy oportuno-. Vuelvo al salón y rebusco, sin miramientos, en todos los cajones. -Dónde habré puesto la maldita linterna...-. La encuentro y me levanto a toda prisa, sin recordar lo absurdamente torpe que soy, y en un momento me encuentro tendida en el suelo. Todo parece normal, a excepción de la

sangre abundante que emerge de mi pierna derecha

-Gracias, mesita de cristal con esquinas perfectamente remarcadas-. Si fuese una noche normal, lavaría el corte y me pondría una venda, pero no lo es. Dejo que la sangre siga saliendo y, con algunos movimientos propios de un títere, consigo levantarme. Vuelvo a la habitación oscura y enciendo la linterna. Busco ávidamente el estante de especias, leo: pimienta, hierbabuena, orégano, ricina, jengibre... - Ricina, ahí estás-.

Tenía pensado cocinar algo, para que no fuese tan directo, molerlo y remover hasta que no pudiese ver ni el más mínimo resto, pero a estas alturas me es totalmente indiferente. Abro el bote y saco una pastilla. No lo pienso y la introduzco en mi boca. Un sabor demasiado complejo como para poder describirlo. Realmente no sé cómo funciona esto.

Muerdo, me da una arcada. Trago. Salgo corriendo hacia mi habitación, en busca del más insignificante resto de Vodka que pueda encontrar para quitarme este asqueroso sabor de la boca.

CEPA TETUÁN

Segundo premio

Gracias a dios lo encuentro. Cojo el vaso y me dispongo a absorber las dos gotas que quedan en el fondo, pero no me da tiempo. Siento un dolor punzante en la pierna - maldito corte- y me caigo al suelo de nuevo. Mi querido amigo cae conmigo y se rompe en mil pedazos, evitándome lamer las gotas.

Y ahí estoy, tumbada en el suelo, llorando - no sé muy bien por qué-, y empezando a preguntarme qué es lo que estoy haciendo.

De repente asoman los fragmentos de lógica que pensé que ya había perdido, y lloro aún con más fuerza. En ese momento me pregunto qué es lo que ha pasado para que una chica de tan sólo 19 años haya llegado hasta este punto. Me vienen a la mente recuerdos endebles de momentos felices y ahí está, mi mejor amigo, el arrepentimiento. Un ápice de realismo se pasea por mi mente y pienso que ya es demasiado tarde para lamentos. Sea como fuere, ya lo he hecho, así que lo asumo e intento dejar mi mente en blanco.

Empiezo a notar un dolor agudo en el estómago y me da una náusea. Intento no pensar, pero la angustia es demasiado fuerte. Siento como poco a poco me quedo

sin fuerzas. Me doy cuenta de que soy verdaderamente débil. Percibo como los ojos se cierran sin querer, me esfuerzo por mantenerlos abiertos, pero es en vano. Oigo un ruido casi imperceptible, unas llaves girando en la puerta de casa. -Mierda, mis padres.- La cabeza me va a estallar. Me dejo llevar y mis ojos se sellan por completo, pero aún puedo oír los zapatos de mi madre acercándose por el pasillo. Intento hablar pero no me quedan fuerzas. No quiero que mis padres entren, no todavía, no hasta que todo haya acabado.

Al fin llega lo esperado, siento como mi madre entra en mi habitación y comienza a articular un montón de vocablos, pero solo alcanzo a escuchar dos palabras. Las últimas palabras que me llevaré conmigo: "¡Por qué!".



CEPA CIUDAD LINEAL

Tercer premio

¿Por qué a mi unidad? de Miguel Ángel Pérez Redondo

Todos recordábamos las sabias palabras que nos decían los instructores: “Cuando no hay nada mejor que hacer, lo mejor es permanecer relajados”. Las normas eran claras y precisas: reglas de enfrentamiento; solo actuar y repeler ante fuego hostil.

Nuestro teatro de operaciones comprendía una vasta extensión de terreno, aproximadamente desde la ciudad de Mostar, siguiendo los márgenes del río Neretva, en la zona más sur-occidental, y un amplio abanico de poblaciones bosnias “Rijeka, Ludobika, Sblenika, hasta la frontera Serbia”.

En una ocasión salimos a reconocer el terreno en convoyes de patrulla, siempre bajo las órdenes directas de nuestro Oficial superior en Jefe, el gallardo Capitán Carreras, al que todos respetábamos y admirábamos por su carácter y como hombre de honor, además de que teníamos la convicción moral de su valía y capacidad para gestionar con el mayor éxito posible el cometido por el que fuimos desplegados. Para el Sargento Smith era un orgullo volver a servir bajo su mando y directrices, al que llamaba cariñosamente “Papi”. Ya que no era la primera vez que formaba parte de su unidad, pero definitiva y lamentablemente, “sí, fue la última”.

De todas las ocasiones en que salimos de patrulla, una dejó marcada para siempre la memoria de aquel grupo de valientes. El convoy se separó en dos grupos. Uno de ellos al mando del Capitán Carreras, que prosiguió la ruta convencional; mientras que la otra patrulla, responsabilidad del Teniente Romerales, tomaba un camino alternativo. En este convoy iba el Sargento Smith como suboficial y segundo al cargo de la unidad formada por doce hombres repartidos en seis binomios.

En el BMR-M1 se originó una curiosa conversación:

-¡Recordad! Por como os comportéis, se os juzgará el resto de vuestro días. –dijo el Sargento Smith.

-¡Señor! Sé combatir. –contestó el soldado Pacheco.

-¿Has matado alguna vez? Pues aprenderás que no es una acción noble. –replicó Smith.

-¿Y, cuando es en el nombre de Dios? –Trató de justificar Pacheco.

-Ni tan siquiera cuando es por la libertad de los hombres. ¡Ah! Y no olvidéis guardad una bala para vosotros por si fuera necesaria.

Llegamos a las afueras de un pueblo donde empezamos a escuchar gemidos, gritos desgarradores y disparos de armas de fuego, lo que instintivamente nos puso en estado de alerta.

Escondimos los blindados al amparo del bosque que teníamos delante para podernos aproximar y acceder al lugar del que procedía la algarabía. Tomamos las necesarias medidas de seguridad, ya que ignorábamos el alcance de lo que podíamos encontrarnos más adelante. En voz baja, a través de los intercomunicadores personales, el Teniente le comunicó una orden a Smith, la cual todos escuchamos.

Abandonad los vehículos, distancia de seguridad veinticinco metros, Smith en vanguardia levantó su puño en alto y lo agitó de forma enérgica, la reacción fue inmediata, despliegue en abanico, cada comando con su binomio, como se nos había repetido en la fase de adiestramiento y capacitación una y otra vez hasta automatizar cada ejercicio táctico operativo.

El Cabo primero Ruiz se emplazó en el flanco derecho con la ametralladora MG.42/58, junto al soldado Vallejo encargado de portar el afuste y la munición necesaria.

El Cabo Muñoz se situó en el flanco izquierdo con la otra MG-42/58 a la par que su binomio el

CEPA CIUDAD LINEAL

Tercer premio

soldado Santiago encargado de la correspondiente dotación.

Smith, cualificado como “tirador selecto”, por medio de su fusil de precisión ACCURACY AW, con visor optrónico intensificador de imágenes, pudo ver horrorizado la masacre que se estaba llevando a cabo delante de ellos, sin poder hacer absolutamente nada”. De pronto, en los mismísimos morros de Cabo Primero Ruiz, apareció una niña de cabellos dorados cubiertos por un pañuelo verde. ¿Quién quedó más sorprendido?, la criatura al ver el rostro mimetizado de camuflaje, o este al contemplar la expresión lastimosa en la dulce mirada de la pequeña. Al instante, observaron que venía perseguida por un soldado serbio. Sin decir palabra Vallejo asió el sub-fusil británico Sterling y descargó dos certeros disparos sobre su perseguidor, alcanzando a este con un proyectil en el corazón y otro en el centro de la frente, Smith, que había observado toda la escena bajó de inmediato del árbol en el que se hubo encaramado y dirigiéndose hacia el lugar de los hechos, extrajo su cuchillo de combate y cercenó el cuello del soldado serbio de oreja a oreja, se volvió sobre Vallejo y con mirada fría le reprendió por no asegurarse de que el soldado serbio yacía muerto. “Jamás, des la espalda a un hombre que porta un arma, sin antes asegurarte que está muerto”

-Soldado, cúbreme, abandonamos el lugar. Teniente, llévase al resto de los hombre a los blindados y no olviden llevarse a Sacha; Pacheco y yo les cubriremos la retirada tratando de ganar tiempo.

-Smith, tengan mucha precaución. El Teniente ordenó “repliegue”, ¡todos a los BMR!

Pacheco, más avanzado respecto de la posición de Smith, se giró sobre sí mismo con el propósito de cubrir la retirada de ambos. Este gesto fue letal para él. Con inusitada sorpresa Smith vio como Pacheco cayó de bruces al suelo, éste se

aproximó a su camarada y pudo ver cómo de sus labios manaba un hilo de sangre, que pronto se fue convirtiendo en un reguero.

-¿Qué te ocurre? ¡Aguanta soldado, no te vayas! Yo te sacaré de aquí.

-¡Sargento, esto es el final para mí! Por favor señor, no permita que esos desalmados me atrapen, termine con mi sufrimiento. ¡Se lo ruego!

-¡Nooooo! –grito Smith con desesperación- Hijo mío resiste un poco más, yo les haré frente.

-Son demasiados para usted, sólo póngase a salvo. ¡Ha sido un honor servir bajo su mando!

-El honor ha sido mío, has luchado con valentía.

Con su último aliento, Pacheco susurró. -¡Máteme de una vez y ponga fin a esta agonía!

A pesar de que Smith no era creyente, sabía que Pacheco sí lo era, por lo que le agarró de la mano con suavidad, a modo de mitigar el dolor que ambos sentían.

Con lágrimas recorriendo su desencajado rostro, dijo -¡Está bien, lo haré!-. Ambos se persignaron, Smith desenfundó la pistola Tokaret que llevaba escondida bajo el chaleco táctico, que había sustraído del cadáver de un oficial serbio, quitó el seguro, montó la bala en la recámara y le disparó un tiro en la cabeza. Descansa en paz “Comando”, que Dios te acoja en su seno.

“Solo merece vivir quien por un noble ideal está dispuesto a morir”



CEPA COLMENAR VIEJO

Tercer premio

¿Por qué no te tuve? de Manuel Nieto Cabrera



Porque aquel día no sabía qué pensar, ni siquiera quería pensar, porque no sabía que decir y en verdad nada quería decir, porque no sabía si estaba triste por tu expiración o quizá dentro de mí buscaba una razón para estarlo. Porque no quería abrazar a nadie y buscaba quien me diera un abrazo. ¿Por qué un suspiro? ¿Por qué entender si no entiendo el por qué?

¿Por qué una cinta en tu corona? “Tu familia no te olvida”. ¿Cómo te vas a olvidar

de quien te maltrató? ¿Quién se atrevió a ponerlo? ¿Ridículo verdad? Como tu vida.

Aquel día busqué con el corazón alguna anécdota feliz para por lo menos poder regalarte una lágrima simpática de despedida, pero a mi mente sólo llegaban tristes recuerdos de tus voces, de tu cara de asesino y de los llantos de quienes soportaban tu ira.

No poseo de ti ni un abrazo, ni un beso.

CEPA COLMENAR VIEJO

Tercer premio

Aquel día frente a tu cuerpo te miraba y me preguntaba: ¿soy producto del amor o resultado de unos palos? Por un momento pensé, por qué recordar sólo lo feo, porque a mi mente no llegan recuerdos bonitos. Quizá no los hubo.

Recordé la felicidad que tenías en el bar bebiendo con aquellos que ni siquiera eran tus amigos. Os bebáis nuestro pan, nuestra educación, nuestro amor y nuestro tiempo. Ya ves, se reían de ti y no contigo.

Cuando llegabas a casa te esperaba un plato de comida caliente y unas zapatillas en el mejor sitio.

Un día dijiste: –“el coco ha venido”. –tenías los ojos ensangrentados. Yo era muy niño y solo pude, como siempre, ir a mi habitación a llorar y taparme los oídos, apretándolos con mis manos, buscando refugio entre mis rodillas. ¡Qué miedo tenía!, escuchaba los gritos que daban mi madre y hermanos encajando tus palos.

Aquel día en el tanatorio recordé como fui poco a poco perdiendo el miedo y entonces pasaste a darme vergüenza. Me sentía ridículo de que me relacionaran contigo, incluso por mi cabeza pasó la idea de darte muerte. Pero yo no soy como tú. Decidí ser valiente, un hombre, no quise ser un necio, mezquino y malvado. Porque está claro papá ¿o he de llamarte amigo?

No sé, pero ese día quise perdonarte y junto a tu cadáver y con tus hermanos de testigos dije en voz alta:

“Manuel, jamás salió de mí la palabra padre, pues contigo no la he sentido, nos hiciste mucho daño, recuerda nuestros nombres y márchate tranquilo. Quiero perdonarte y el beso que no me diste te lo doy yo.

¿Por qué?

CEPA DISTRITO CENTRO

Tercer premio

Carta al Por qué de Wilson Navarrete Flor



Debería odiarte. Sólo te presentas en los peores momentos cuando ya no encuentro explicación y cuando ya no sé qué hacer, como un ave carroñera para alimentarte de mi dolor.

No estuviste cuando amaba, entonces sólo estaban el CUÁNTO y el CÓMO: Cuánto te amo, cómo te quiero... Pero cuando la mentira me partió por la mitad como un rayo y sentí que todo se derrumbaba a mi alrededor, cuando no podía soportar más dolor, apareciste de un grito seco entre las ruinas: ¡POR QUÉ!

Ni aquel día. Papá llegaba y yo esperando desesperado de alegría preguntándome cuándo y qué traería para mí. Sin embargo ese día, ese día que el CUANDO se hizo “nunca” y el QUE se convirtió en la nada más amarga para siempre, apareciste tú: Yo ahí, solo. Todos lloraban. Yo no entendía. Nadie explicaba. Alguien se arrodilló cogiéndome las manos y me lo dijo. Enmudecí y tú saliste de mí, desgarrándome, rompiéndome y rompiendo aquel silencio de un hachazo ... ¡POR QUÉ!

CEPA DISTRITO CENTRO

Tercer premio

Dime tú, POR QUÉ, si no es para odiarte...

Y ahora vas, ahora que te escribo reprochando, ahora que han curado las heridas y me siento por fin más fuerte que tú para enfrentarme, ahora vienes como un niño y te sientas a mi lado, como un niño inocente que no sabe lo que ha hecho y empiezas a leer lo que te escribo: "... Debería odiarte".

Te paras ahí, me miras, sonríes y me dices lo único que sabes: "¿ Por qué..?"

Señalas la ventana, es de día, lo sé. Siempre sé cuándo es de día y cuándo es de noche. Sé dónde estoy y dónde ir. Sé cómo funcionan las cosas. Sé lo que es bueno y lo que no.

¿Y ? Qué por qué se mueven los planetas, sí, lo sé. Y por qué A más B es igual o menor que C, por qué esto se escribe sin acento, por qué tal y por qué cual, por qué éste y por qué no aquel... Lo sé.

Y te quedas mirando sin perder tu sonrisa de interrogación, como queriéndome decir:

"¿Lo ves? También estuve ahí, siempre contigo para que aprendieras ¡lo que sabes!

Siempre que me necesitabas, me llamaste: ...¿POR QUÉ?"

Tocado y hundido... Te siento en mis rodillas y te abrazo. Perdóname si pronunciarlo hasta hoy me supo amargo, si me hacías recordar sólo tristezas y huí de ti.

Y mis errores, pues confieso que nunca hubiera sacado nada de ellos si tú no hubieras estado ahí para que las cosas se arreglaran: "Me he equivocado, salió mal pero ... ¿POR QUÉ?"

La vida está llena de respuestas escondidas esperando a que uno tan sólo se pregunte ...¿POR QUÉ?

Prométeme que volverás las veces que sea necesario, que vendrás a visitarme incluso cuando crea que lo sé todo porque he vivido lo suficiente, cuando deje de sorprenderme por algo inesperado.

Prométeme que vendrás con la misma ilusión de siempre y que no importa Cuándo ni Dónde ni a Quién, pase lo que pase no dejarás nunca que deje de preguntarme ... ¿POR QUÉ ?

CEPA HORTALEZA

Tercer premio

Lágrimas de arena de Sergio Guerrero Barrientos



¿Alguna vez han llorado y sentido cómo las lágrimas, al salir en cascada de sus ojos, causaban un dolor atroz? Seguro que sí, si no sería como decir que no han vivido nunca. Creo que todos hemos llorado lágrimas de arena en algún momento; en la pérdida de un ser querido, en un amor no correspondido, en la boda de tu mejor amigo o amiga. En mi caso tengo que decir que, por desgracia, lo he hecho en más de una ocasión. Pero si no llorásemos de dolor, ¿cómo podríamos llorar de felicidad? Todos nos preguntamos por qué no podemos deshacernos de lo malo y quedarnos con lo bueno. Es inútil: ya lo intenté y, al final, acabé solo y llorando de dolor. Y es que a no ser que quieran una vida en soledad, necesitan empatía con las desgracias ajenas. Y ahí es donde entro yo, alguien bueno a quien muchas veces le toman por tonto y que al final, acaba llorando otra vez, preguntándose qué es de las dos cosas. El caso es que, al entrar por primera vez en aquel pueblo, helado, frío e inhóspito, alejado de la mano de Dios, algo dentro de mí decía: ¡Corre! ¡Huye! Pero la notable ilusión de mi padre por tener su propia taberna, me obligó a callar esa voz interior. ¿Quién si no iba a ayudarlo a cumplir su sueño poniendo su nombre en los contratos, si no era su hijo?

Yo acababa de estar seis meses en un gimnasio, donde había perdido cuarenta y dos kilos de grasa mórbida que no me permitían ni siquiera correr más de tres minutos sin expulsar algún órgano interno. Me sentía invencible. Pero en ocasiones los sentimientos distan mucho de la realidad. Recuerdo que, al entrar en la taberna, un escalofrío me recorrió el cuerpo a causa de la decoración excesivamente cargada de adornos taurinos (los cuales yo detestaba, mientras que a mi padre le parecían algo sublime). Lo que más llamaba la atención a primera vista, era el grifo de la cerveza, que era precioso, con detalles cromados, aunque después descubrimos que no funcionaba; una estufa de leña oxidada y que todo el bar era de madera, incluso la inmensa barra arañada por los años. Hice de tripas corazón y fui directo a los servicios. Entré primero en el de caballeros, por llamarlos de alguna forma, en el que encontré un rollo de papel higiénico dentro del retrete y manchas de vete-tú-a-saber-qué por todo el techo. Por el contrario, el de señoras parecía casi no tener uso. Desde ese mismo momento decidí que ese sería el aseo que yo utilizaría. Después pasé a la cocina, la cual estaba, no sucia, lo siguiente; y es que allí podía vivir una familia de ratas perfectamente pasando inadvertidas, aunque

CEPA HORTALEZA

Tercer premio

yo, que tengo muy buen ojo, las vi. No podría decirles si en realidad eran ratas o más bien canguros que se metían en estampida por un agujero en la pared. En los fogones podías encontrar comida, o algo que se le parecía, en cantidad suficiente para acabar con el hambre de una ciudad entera; y no mencionemos el estado en el que se encontraban los extractores de humo, de los que me pasé una tarde entera retirando cubos y cubos de aceite rancio que se habría ido acumulando desde la posguerra. No podía parar de repetirme: ¿Por qué? ¿Por qué no me había negado a poner mi nombre en esa dichosa taberna, donde los toldos estaban sujetados con abrazaderas? Una de las dos freidoras estaba rota y en la barra no había agua caliente. Vamos, que si pasó la inspección de Sanidad fue porque estuve días adecentando la taberna y porque, también sea dicho de paso, hago una tortilla de patatas que quita el sentido. En fin, quitando todo esto, que el precio del alquiler era excesivo y que había que sumarle dos sueldos más, una camarera y una cocinera, abrimos.

La apertura fue un éxito, no porque todas las consumiciones fuesen gratis, no, sino por la maravillosa decoración sobrecargada del salón. ¿Por qué sino? Al segundo día, los únicos clientes que entraron en la taberna fueron las ratas, que volvieron a hacer acto de presencia llevándose un buen cacho de lomo ibérico de la despensa, esquivando graciosamente el lomo barato del supermercado. En ese lugar, los clientes y las ratas sabían muy bien lo que querían.

Al poco tiempo tuvimos que despedir a la camarera, a la cual, por mucha fama de “rompe-matrimonios” que tuviese, yo defendí, por lo bueno o tonto que soy. Me dejó dos días después de pagarle el finiquito y a pesar de lo que muchos puedan pensar... no me dejó porque estuviese arruinado, no, me dejó porque me quería. ¡Bendita hija de santa!

Al descubrir, al cabo de unos días, que mi padre no llevaba contabilidad alguna del bar, y sumando a eso que yo me encargaba de la limpieza y el funcionamiento, decidí empezar a usar el poder escrito que tenía en los contratos y ponerme al mando. Mi padre, al no estar de acuerdo, se marchó para ya no volver, dejándome tirado con su sueño y con la deuda que teníamos con la pobre cocinera, que no había visto un duro desde que empezó a trabajar. Acto seguido empezaron a venir todos los proveedores a exigirme el dinero que mi padre les había dejado a deber. Los clientes empezaron a venir, no para saber el motivo por el cual mi padre me había dejado solo y expandir la noticia a todo el pueblo y alrededores, sino para degustar mi maravillosa tortilla que, como ya saben, es una “delicatesen”. Por un motivo o por otro, empecé a tener clientela y pude dar salida a toda la despensa. También pagué a todos los proveedores y el jornal diario de la pobre cocinera. Servíamos comidas, abundantes aperitivos... La cosa parecía ir cambiando a marchas forzadas; incluso contraté a otra camarera, esta vez con buenas referencias; y justo cuando veía la luz, cual plaga de Egipto, nos invadió la carcoma, que empezó a comerse el bar, dejando tras de sí un rastro de serrín allá por donde pasaba. Habiendo dejado clara, la dueña de la taberna, su intención de no pagar un céntimo, no me dejó más remedio que echar el cierre, dejando a deber a la camarera todo el dinero que mi padre no le pagó. ¿Por qué? Me preguntaba yo una y otra vez. Y mi voz interior me decía: Por bueno o tonto, lo que prefieras. Así que aquí estoy, con 25 años y viviendo con mi madre. Lloré y mucho, he de reconocer. Pero más lloraré aún cuando, el verano que viene, tenga el graduado en una mano y, en la otra, a mi amada prometida.

¿Por qué lloramos lágrimas de arena?... ¡Para aprender a llorar lágrimas de alegría!

CEPA SAN SEBASTIÁN DE LOS REYES

Tercer premio

¿Por qué? de Concepción Murcia Ríos

Al cerrar la maleta, a Remedios le vinieron los viejos recuerdos de su niñez, volvía a casa de su madre, a la que acababa de enterrar, a recoger las cuatro pertenencias íntimas que había dejado para ella en aquella casa en la que tanto dolor sintió siendo aún una cría.

Recordó cómo llegó a esa casa con ese jardín y aquellos niños jugando en él. Su madre se había vuelto a casar, su nuevo marido tenía tres hijos, que se encargaron de hacerle la vida imposible.

Ella era la mayor de todos, por lo que tenía que ayudar en las faenas de la casa, y con aquellos diablos, nada le había sido fácil.

Recordaba sus días de soledad y sus lágrimas derramadas casi a diario, y, sobre todo se acordaba de cómo se lo contaba a aquel que la escuchaba y la abrazaba, cuando ella no podía más y salía como un huracán de aquella casa.

Ella le contaba los sucesos que le hacían infeliz, la incomprensión de su padrastro, la indefensión de su madre hacia ella, y las injusticias que día tras día, sus hermanastros vertían sobre ella, pero nunca encontró una respuesta del porqué, siempre la escuchaba y la abrazaba, pero aunque calmaba su angustia, ella tenía la necesidad de encontrar por qué su vida había cambiado, y no sabía por qué motivo no la contestó jamás.

Ansiosa por llegar, pensaba en su vida actual, era feliz desde que se marchó de allí, su vida había cambiado, había encontrado a su Juan, y tenían dos hijos, que habían colmado su felicidad.

Pero el recuerdo de su adolescencia le volvía como un rayo, pensando por qué, por qué le tocó vivir ese infierno, y por qué nadie le puso remedio.

Estaba llegando el coche a la calle, el corazón se agitaba cada vez más, tenía la

CEPA SAN SEBASTIÁN DE LOS REYES

Tercer premio

sensación de que él no estaría, y sus lágrimas salieron.

Todo había cambiado en el barrio, la casa azul ya no era azul, sino blanca, los jardines estaban muy coloridos, y sus habitantes eran otros que ella no conocía.

Al aparcar el coche Remedios salió con tranquilidad, deseaba que la volviera a abrazar después de tantos años, y notar esa paz que tanto la reconfortaba.

Pero sus miedos se apagaron, porque allí estaba, mas frondoso que nunca, corrió y bajo sus pies le volvió a preguntar por qué, sus ramas empezaron a moverse por la brisa, y Remedios sintió su enorme abrazo, empezó a comprender el porqué.

Porque la vida es una cuestión que nosotros tenemos que experimentar para saber su respuestas, y solo cuando se ha vivido desciframos el porqué de las cosas.



CEPA TETUÁN



Tercer premio

Inocente

de Amanda I. Fernández Pérez

Hacía muchísimo frío. Llevaba vagando por el mismo camino casi toda la tarde, y ya entraba la noche. Tenía las patas magulladas de tanto andar, y a pesar de mi negro pelaje, el sol no calentaba mi cuerpo, solo notaba el frío aire que me congelaba.

Yo no estaba acostumbrado a esto. Vivía en una casa con mi familia, o con la que creía que era mi familia, y todo iba genial, hasta hace unos meses. La mujer que se vino a vivir a mi casa, con mi dueño y conmigo, al principio me trataba muy bien, pero al cabo de un tiempo, empezó a echarme de su alrededor. Su barriga cada día era más grande, y un día mi dueño y ella se tiraron unos cuantos días fuera, y al volver traían con ellos otra personita. Era un humano muy pequeñito, pero a mi me daba un poco de miedo, gritaba muchísimo y me echaban siempre de su alrededor, así que imaginé que podría hacerme daño y ellos me alejaban para protegerme.

Pasaba el tiempo, y cada día ese humano se hacía más enorme, andaba con sus cuatro patas, como yo, y me perseguía continuamente, a lo que yo respondía alejándome de él. Hasta que un día me arrinconó, yo no supe que hacer, nunca le había tenido tan cerca, y si mi dueño me alejaba continuamente de él sabía que era porque podría

dañarme, así que el miedo se apoderó de mí, y actué como mi instinto me obligó, intenté asustarle e imponerme gruñéndole y acercándome a echarle la boca, sin llegar a morderle, pues no sabía que podría hacerme. Justo en ese momento, la mujer apareció y empezó a gritarme y pegarme. Yo gemí y lloré ante sus golpes, pero ella no paró.

A partir de ese momento, me tuvieron encerrado en el baño, con un bozal puesto, creo que estuve ahí metido unos dos días, lamiéndome los golpes. Escuchaba muchos gritos fuera, y de vez en cuando entraba alguien al baño y yo me escondía en una esquina el tiempo que tardase dentro.

El último día que estuve ahí metido con el bozal, antes de que me sacaran, entró mi dueño y se acercó a mí con la expresión apenada. Me abrazó y me acarició. Yo me puse muy contento, ya que pensé que me habrían perdonado y me dejarían salir ya de mi encierro. Me habló, no sé exactamente qué me dijo, pero sé que su voz me tranquilizó y alteró a la vez. Me puso el collar y me ató la correa. ¡Qué bien, de paseo!

Nos subimos al coche y noté que él estaba algo triste, me acerqué y le lamí la cara mientras conducía. Recuerdo que se puso más triste, y le

CEPA TETUÁN

Tercer premio

escuché sollozar. No entendía su reacción, ¡sí íbamos de paseo!

Cuando llegamos a nuestro destino, vi mucho campo alrededor, y una carretera por donde no pasaba ningún coche. Bajamos los dos del coche y yo me puse a saltar y corretear alrededor, refrescaba bastante pero tenía energías y no me importaba, solo quería jugar. Él me quitó la correa y el collar, para que yo estuviera más cómodo. Caminamos un par de minutos y mi dueño se agachó a por un palo, me lo tiró, y yo, como buen perro, salí corriendo en su busca. Lo tiró muy lejos, ¡y lo encontré!, pero al llegar, él no estaba, y vi el coche en el que habíamos venido moverse hacia la carretera. No sabía si ir hacia él, o buscarle por alrededor, tal vez se había escondido. Después de ir hacia la carretera y ver que el coche se alejó, volví a la explanada y le busqué. No estaba. No le encontraba. Así que caminé y caminé perdido.

Y así durante horas, tenía mucha sed, y también hambre. El clima empezaba a calar mis huesos...

Ya anochecía, el frío comenzaba a ser insoportable, la carretera estaba muy oscura y no pasaba nadie que me pudiera ayudar a encontrar a mi dueño. Y repito, no pasaba.

Justo en ese momento vi unas luces, detrás de una curva, ¡alguien venía y me ayudaría!

Me puse en el medio de la carretera, esperando que me viera y me ayudase, me diese de comer. Y al parecer funcionó, ya que venía hacia mí. Pero todo se hizo borroso. No frenó, vino demasiado rápido hacia mi e impactó contra mi cuerpo.

Salí disparado, no sé hacia donde, no sabía donde estaba. Al principio no notaba mi cuerpo, no podía respirar, no me llegaba el oxígeno a los

pulmones. La boca me sabía mal, como a hierro. No podía moverme, no notaba mis patas de atrás, pero empezaba a notar partes de mi cuerpo... Y preferí no haberlas notado. Comencé a sentir muchísimo dolor, notaba mi abdomen destrozado, mi sangre derramarse por el suelo, y enfriarse en el acto por culpa de la poca temperatura. Tenía pinchazos por todo mi cuerpo, pero seguía sin poder moverlo, solo podía sentir dolor, y más dolor. Veía todo borroso, y cada vez más negro... Hasta que sucumbí a la oscuridad.

No sé cuanto tiempo pasó, el frío había entumecido mi cuerpo, y los pinchazos se habían convertido en dolores constantes, como si algo me aplastase y no me dejase respirar ni moverme, solo me produjese dolor. Me acordé de mi dueño, ¡me estaría buscando!

¿Por qué no le esperé donde me dejó?

Supe entonces que no volvería a verle, eran mis últimos momentos en este mundo, pero lo agradecía, el dolor era demasiado profundo, tanto físico como mental, y deseaba que terminase ya mi sufrimiento. Lo único que me instaba a seguir luchando, era mi dueño, él no tenía la culpa de mi torpeza, sufriría ahora mi pérdida, culpándose, y el único culpable era yo, por haberme ido lejos de donde él se encontraba. Ójala me perdonase, por haberle abandonado en ese momento sin querer, y por abandonarle de nuevo voluntariamente, dejando de luchar por mi vida, ya inexistente.

Cerré los párpados, pensando en él, en los cuatro años que pasé a su lado, desde que me recogió de pequeñito. Y así, pensando en mi dueño, en la persona que más me quería y me protegía, caí en la oscuridad y me dormí para siempre.

CEPA VILLAVERDE

Tercer premio

Acuérdate de respirar de Emilio Hernández Jiménez



-¡Maldito seas, tú y todos tus dioses paganos!

Bast Calfer, un humilde hijo de sirvienta, maldecía al rey a pleno pulmón en la sala del trono. -¡Has matado a mi madre! ¡ASESINO!

Los desgarradores gritos del joven retumbaron por los vellos tapices y altos muros que conformaban la estancia. La osadía de Bast pilló desprevenidos a los guardias, pero no le dejaron pronunciar más palabra antes de abalanzarse sobre él.

-¿Cómo te atreves?- El hombre sentado a la derecha del rey, dejó su asiento y se dirigió a Bast, recreándose en cada palabra. -Sucio embustero mal nacido. ¿Cómo te atreves a acusar a tu rey de tal disparate?

-Mi madre era una buena mujer, trabajó honradamente en las cocinas del castillo toda su vida. Bast se dirigía al rey con tal rabia que le

rechinaban los dientes. La cara de la reina, sentada a la izquierda del trono, era un poema. El rey miraba con los ojos entrecerrados y una media sonrisa en los labios. -¡Di algo canalla! Las sirvientas lo saben, me lo dijeron. Tú la mataste después de haberte emborrachado. ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué tuviste que fijarte en ella?!

-¡Silencio!-. El rey no se dignó a hablar, pues fue el hombre a su derecha quien empezó. -Ya hemos escuchado suficiente. Por injurias a la corona, yo, Sir Arthur Weils, mano del rey, te condeno a ser decapitado mañana al alba. Lleváoslo de aquí.

El muchacho se resistió pateando y maldiciendo hasta el último pelo del rey, pero nada podía hacer contra los seis guardias armados que le dirigían en volandas a su amargo destino. Él sabía lo que iba a suceder desde el momento que salió disparado al

CEPA VILLAVERDE

Tercer premio

encuentro del rey. Sabía dónde y cómo encontrarlo, pues había crecido en aquel castillo. Y ahora sabía exactamente a donde le llevaban, mas que le encerraran en las mazmorras no apagaría sus ansias de venganza. Ya cautivo, siguió gritando durante horas, hasta que el agotamiento ganó la partida. Sollozando, deslizó la espalda por el muro hasta caer al húmedo suelo, acurrucándose, envuelto en las tinieblas de la oscuridad. En las tinieblas de su alma.

De repente, una risita femenina proveniente de todas direcciones resonó sobresaltando a Bast, que escudriño a su alrededor tratando de adivinar cuál era su origen.

-Todo este espectáculo, para al final entregarte a la muerte. Lamentable.

Por más que intentaba identificar aquella voz cantarina, todo le era en vano con tal oscuridad.

-Morirás, igual que tu madre. ¿De verdad te merecía la pena?

-¡No te atrevas a mencionar a mi madre!

Otra risita llenó el aire.

-¿De veras? ¿Y qué vas a hacer para impedirlo?

La atmósfera fría le traspaso el pecho, y como si fuera una mano le agarró el corazón. Mientras la desolación se apoderaba de él. -Soy un miserable.

Aquellas palabras le volvieron a desmoronar, sumiéndolo en sollozos. Todo estaba mal. Habían asesinado a una mujer inocente y era él al que habían encerrado y condenado a muerte. Pero ¿qué podía hacer frente a un rey? No era más que una hormiga en un panal de abejas.

Débilmente comenzó a vislumbrarse una tenue silueta.

-¿Sabes? La gente incapaz de sentir culpa suele pasárselo muy bien.

Por fin, la propietaria de la misteriosa voz se mostró, irradiando una funesta luz rojiza. Era muy joven, casi una niña, pero su mirada parecía venir de épocas antiguas. Se acercó a él y se sentó justo en frente. El joven se serenó y habló.

-Demonio ¿qué quieres de mí? Si quieres mi alma, llévatela, pero déjame tranquilo.

-Palabras de un hombre que no tiene nada que perder, muy evocador. Aunque quisiera tu alma, no podría llevármela. Lo único que quiero es satisfacer mi inocente curiosidad. ¿Qué crees que te diferencia de tu rey?

-Yo jamás asesinaría a nadie por diversión, ni dejaría a mi pueblo morir de hambre mientras visto las mejores sedas.

-Tú no tienes impunidad como él, ¿pero y si la tuvieras?

-¡Yo no soy un monstruo!

Reinó el silencio durante varios segundos, hasta que Bast continuó.

-Ya veo. Se necesita padecer para entender verdaderamente el sufrimiento.

La visitante se incorporó sobrenaturalmente como si dos manos tirasen hacia arriba de sus axilas.

-Lástima que tu papel en este mundo acabe aquí. Podrías haber hecho grandes cosas. Ha llegado el momento de irme, mi valiente amigo. No nos volveremos a ver-. Pero antes de marcharse, se volvió con una mirada pícaro y malvada. -Y una última cosa: cuando estés andando hacia la guillotina y veas como la muerte se acerca, acuérdate de respirar.

CEPA VISTA ALEGRE



Tercer premio

Sin título de Mauricio Led Muño Pujadas

Martes, 22 de marzo de 2096, estado de Alterk.

La ametralladora digital de gases que obligan a pensar ha empezado a funcionar sola, la diversidad de lo inútil abunda más que el aire, y aquí estoy yo, August Rorth, menudito, con la típica chaqueta de cuero desgastada, que se intuye a simple vista que ha sido más fiel que cualquier mujer, hombre o perro en mi vida, con un par de tachas colgando, vaqueros que al principio eran color cielo, y ahora se asemejan más al infierno que El Cairo de aquel 2012 y un inconfundible sombrero al más puro estilo Eastwood. Aún recuerdo el día que me los compré, ni siquiera tenía arrugas, y poseía la rebeldía de aquellos 33, que solía tener hace 10 años. Ese mismo día me compré estas botas Timberland. Fue curioso cómo quebró esa marca; aún me resulta difícil creer que sus botas se hicieran con piel humana, años matando animales

para hacer ropas sin que a nadie le importara lo más mínimo y cuando se hicieron con piel humana parece que a todo el mundo le entró un ataque de moralidad enfurecida. ¿Les parece curioso? A mí me parece vomitivo.

Ha quedado demostrado que los grandes líderes del mundo, no los del G8, sino los capitanes del velero, que hacen que avance el barco por ríos de sangre, aún sin viento, leyeron 1984 de... Ya no me acuerdo bien... Creo que de Orwell, e hicieron una mala interpretación de su obra. Para una vez que abren un libro y lo hacen mal. E indirectamente por su culpa, la de Orwell, empezamos a vivir en una especie de "Big Brother" continuo.

Nunca me sentí tan identificado con Winston Smith, hasta hace unos meses cuando nos implantaron estas malditas pulseras de seguridad conectadas a nuestra mente,

CEPA VISTA ALEGRE

Tercer premio

por las que a través de electroshocks reprimen cualquier tipo de insurgencia, pero ya ven, uno pese a todo, sigue ingeniándose para ser la oveja negra de un rebaño casi muerto.

En cuanto a mi mente, es una apología de los extintos psicoanalistas del psiquiátrico más selecto de toda Gran Bretaña. Es preciso recordar que Gran Bretaña fue extinguida como tal en noviembre del 2056 después de un colapso monárquico, donde las marionetas se convirtieron en tigres y los marioneteros en presa fácil del más débil principio de humanidad. El odio.

Así fue como nació una revolución que al principio fue pura como algunas, y que con el paso del tiempo fue perdiendo y olvidando sus valores, como todas. Eso derivó en una guerra civil a escala mundial donde perdimos la etiqueta de inteligentes y nos empezamos a matar iguales contra iguales, madres contra hijos, por un pedazo mísero de tierra, o por un glorioso pedazo de pan. Y a esto le nacen unos interrogantes tales como: ¿Por qué? ¿Por qué decidimos matarnos entre nosotros en vez de incendiar los principios demócratas más elementales con nuestro odio? ¿Por qué siempre acaban manejando nuestra cabeza? La más mínima posibilidad de contestar a esto me produce una desazón y una angustia tan desesperante... Como si de una enfermedad de carácter priónico se tratase.

La verdad, nunca llegué a comprender el "Porqué" de la estupidez humana. Todos esos valores humanos que predicaban algunos eruditos del saber fueron deglutidos por leyes aún más absurdas que la propia involución de nuestra especie, que llegó a tal punto que el derecho a la libertad de expresión solo lo tenían aquellos que poseían el poder de censurar cada mala hierba de su campo.

Decido dejar estos versos como único legado de esperanza; dicha condena fue por haber robado estas botas, que en realidad y siendo sincero, eran horribles. Estos son mis últimos alientos de vida, ya que tengo la Magnum cargada y apuntando a mi sien, y antes de que llegue esta carta al final ya me habré pegado un...

"Réquiem por una sociedad avanzada, avanzadamente en decadencia, donde tener más significa tenerse menos. Réquiem por todas las gomas que difuminan el pasado intentado borrar de los libros todos los litros de sangre que hemos derramado. Cuando la tecnología propasó los límites de la moral y el dinero los de la ética, cuando el César mandaba colgar, cuando los fusilamientos no salían en prensa, y entonces yo me paro en seco y me pregunto: ¿Todo esto es necesario? ¿Quién es el animal y quién es el ser humano?"

CIERRE DEL ACTO

Quinteto de viento CAECILIA del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid



QUINTETO DE VIENTO CAECILIA

Rosario Martínez Felipe
(fagot)

Ángel Luis Sánchez
Moreno (oboe)

Ángel Cano Rodríguez
(clarinete)

Rafael Albiñana Moral
(trompa)

María Gloria Esteban
González (flauta)

ANTICHE DANZE UNGHERESI

F. FARKAS

- I. Intrada
- II. Slow dance
- III. Danza delle scapole
- IV. Corea
- V. Saltarello

CIERRE DEL ACTO

Quinteto de viento CAECILIA



